

COLECCION ARIEL

Para nosotros, los argentinos, las disquisiciones curialescas son de plano completamente subalterno, ante solidaridades éticas de un orden muchísimo más elevado.

Todas nuestras guerras, desde la de emancipación hasta la del Paraguay, fueron dignas de los antiguos paladines. Nunca recurrimos a la línea tortuosa como medio de triunfo. Y durante la presidencia de uno de nuestros barones más esclarecidos, la joven República proclamó este principio: "La victoria no da derechos".

Vencido el Paraguay pudimos argumentar con el "quia nominor leo", aprovechando su postración hasta para desmembrarle. Sin embargo, sometimos nuestras cuestiones de límites con ese país al arbitraje de Hayes, entonces Presidente de los Estados Unidos. Perdimos el pleito. Y en hora melancólica contemplamos arriada la bandera de la patria que flameaba

en Villa Occidental, para ser substituída por la del enemigo que acabábamos de abatir a costa de mucha sangre, de la flor de nuestra juventud sacrificada en los campos de batalla.

Esta mentalidad, superviviente aun a las ardorosas pasiones que sublevan las luchas armadas, es ya inseparable de nuestro patrimonio moral, como pueblo que supo llevar con honor y con bravura el estandarte de la libertad y del derecho en el continente sudamericano.

Nosotros no podemos adorar la fuerza bruta, ni el becerro de oro, sin claudicar de las tradiciones más vitales de la nacionalidad, mostrándonos indignos de nuestros antepasados.

Nuestra brújula es un ideal de cultura basado en el imperio de las ideas; y no en el hacha de sílex, transformada hoy en monstruoso proyectil.

Si la presión comercial abrevia la guerra, se impone, hasta como deber humanitario, dejarle vía libre. máxime cuando sus métodos no afectan en lo más mínimo la integridad de nuestra soberanía.

El dolor fué siempre la más alta escuela de purificación. Vendrán, sin duda, tiempos luminosos, en que la vieja Teutonia despertará de su sangriento sueño. El hombre-mecanismo, el hombre del casco puntiagudo será, en su hora, ciudadano de una gran república. Ya lo anuncian así sus precursores, desde las cárceles imperiales. Y entonces, con los brazos abiertos, será recibido y aclamado entre la gran comunión de las democracias.

Hoy — por desgracia suya — representa la violencia, la fe púnica, la tabla rasa del derecho; y los argentinos no podríamos estar de su parte sin declararnos renegados.

¿Qué pensaría Lavalle — nuestro Bayardo — si hubiere presenciado el martirio de Bélgica y las espantosas tragedias del mar que les siguieron?

PORTEÑO

(*La No/a* — Buenos Aires)

Nuestra América, pródiga en hechos y sacrificios, rica en héroes, sublime y resignada en sus martirios, ha tenido muy pocos hijos que canten sus proezas, su calvario redentor, la poesía infinita de su cruz, el romance inmortal de su leyenda. Sus más grandes poetas, fascinados por un *snobismo* y afán de imitaciones malasanas, enfermos por un ideal de decadencia, parece como que quieren ocultar avergonzados a la madre pobre que los llevó en su seno y les dió personalidad y vida. Viven unos enamorados de los conquistadores, tendidos a los pies de los reyes, cuando el orbe despierta y la espada de la República abre surcos de luz en las tinieblas del imperio caído de la vieja China; viven otros la vida artificial de un arte que no sienten, copiando modelos descoloridos, encerrados dentro de la forma de una retórica hueca, pomposa en la copa y con las raíces en el aire.

El vestido de nuestra poesía podrá comprársele en Francia o en Inglaterra, pero el tronco de la idea tiene que ser de América.

JOSE MANUEL CARBONELL

Echegaray y su teatro

Tienen los homenajes que ahora se rinden a Echegaray, algo de desagravio. Idolatrado un día, aclamado por un público al que fascinaba con la magia de sus sugestivas creaciones dotadas de magnética fuerza espiritual, Echegaray sobrevivió a su fama y a su tiempo, y en los postreros días de su vida, larga y fecunda, se vió rudamente combatido, negado, y padeció las amarguras del abandono y el desdén. Soberano absoluto de la escena española durante un periodo que llega desde 1874 a 1900, extínguese realmente su vida literaria en aquella apoteosis de 1905, motivada por la concesión del premio Nobel. Aquel magnífico espectáculo, que sólo en las coronaciones de Zorrilla y de Quintana tenía precedente, fué el ocaso del glorioso nombre del dramaturgo. Después de aquello, Echegaray, atento al prudente consejo de Gracián: "no aguardes a ser sol que se pone", enmudeció. El viejecito octogenario, menudito y friolento a quien hemos conocido, tiritando bajo su gabán de pieles, cuidando el jardinillo de su

hotel de la calle de Zurbano, asistiendo a su despacho de la Tabacalera, dictando algunos trabajos de vulgarización científica, era un residuo del Echegaray político, científico y burócrata, pero no tenía en sí nada del dramaturgo de vigorosa imaginación que, allá por el 85, estremeciera multitudes en los estrenos de *En el seno de la muerte* y *El gran Galeoto*.

Ingeniero, sociólogo, economista, político, Echegaray fué, ante todo y sobre todo, un hombre de teatro. La inclinación a la literatura dramática le acompañó toda su vida: puede decirse de él que fué un dramaturgo neto, aunque larvado, durmiente y a la espera durante muchos años.

El primer contacto de Echegaray con el teatro no fué como autor, sino como actor: a los 12 años Echegaray, en un teatrillo casero, interpretó un papel de gitano en un entremés, entonces muy en boga, que se llamaba *La feria de Mairena*.

Estudiante en Madrid, Echegaray gastaba sus asuetos asistiendo al teatro, contribuyendo con su entusiasta aplauso al éxito de *El hombre de estado*, *El tejado de vidrio*, *Angela*, todas aquellas plácidas comedias de Tamayo y de Ayala, reyes de la escena a los que había de destronar bien pronto el propio Echegaray.

No había, sin embargo, el joven Echegaray pasado de profesar a la dramática un amor

platónico y a distancia. Era ya ingeniero cuando con su amigo y compañero Broockman pergeñó un drama, *La cortesana*, visiblemente influído por Dumas, que no llegó a representarse. Donosamente, con ese gracejo que es una de las cualidades menos apreciadas en Echegaray, describenos él mismo la lectura de *La cortesana* en una tertulia de amigos. Había entre los oyentes uno que tenía la deplorable costumbre de morderse las uñas; otro padecía de fuertes gastralgias; al oír el drama, el primero — dice Echegaray — se comió concienzudamente las diez uñas de sus manos; el segundo se sintió aquejado de un rabiosísimo dolor de estómago. “Y en aquella furiosa coomezón y en esta súbita agravación gástrica—continúa don José—vi yo señales indelebles de que mi drama estaba llamado a producir grandes emociones”.

No bastó, sin embargo, esta convicción para decidirle a dar sus obras al teatro. Fué mucho después, en 1874, cuando estrenó su primera obra, *El libro talonario*. Tenía Echegaray 42 años, era ministro de Hacienda. Presentó su obra a Matilde Díez con un pseudónimo fácil de descifrar, *Jorge Hayesecca*, diciendo que era cosa de un joven a quien había conocido en París. Campoamor descubrió el enigma diciendo: “Esto no puede ser más que de Echegaray”. Y el descubrimiento enojó mucho a Martos, que al salir de un Consejo de minis-

tros dijo a Echegaray que no podía creer que la obra fuese suya como se decía, porque juzgaba una imprudencia que un ministro escribiera dramas y comedias. No se explica la actitud de Martos, pues en aquella época un ilustre político, Ayala, daba sus obras a la escena y salía a recoger los aplausos del público.

*
* *

A contar del estreno de *El libro talonario*, Echegaray alejóse de los campos en que hasta entonces había desplegado su actividad intelectual, dedicándose con fruición al teatro, del que había de ser durante mucho tiempo mantenedor principal y casi único.

Su balance literario arroja un total de 68 obras (34 en verso y 34 en prosa), lo que supone un promedio de tres obras por año, descontando algunas en que, amargado por fracasos que estimara notoriamente injustos, dejó inactiva su pluma. En el teatro de Echegaray cabe distinguir los dramas que, conforme al tecnicismo en uso cuando él escribía, llamábanse "de época" o "de capa y espada",¹ y los psicológico-sociales en que se plantea un conflicto, cuyos elementos suelen ser amor, honor y dignidad. Amor, honor y dignidad son para Echegaray los únicos resortes humanos de la vida, a los cuales debe agregarse, para completar el interno mecanismo de las

almas, otro móvil superior y extrahumano que se impone irresistible: la fatalidad.

Y he aquí el principal y más grave defecto del teatro de Echegaray; lo que hoy le hace inactual a los ojos de muchos; lo que motiva las acervas críticas de que viene siendo objeto desde el noventa y ocho.

Los hombres y las mujeres del teatro de Echegaray son de un mecanismo bien poco complicado; sus actos todos obedecen a un solo impulso o, cuando más, para que haya conflicto, a dos violentos impulsos encontrados: sometidas a la presión de ambas fuerzas opuestas, las pobres almas tienen que estallar, y la fatalidad, representada por accidentes fortuitos hábilmente enlazados, se encarga de preparar el estallido y hacer posible el drama. Esto es todo, y hay que reconocer que artísticamente es muy poco.

El más piadoso análisis descubre el artificio de los dramas de Echegaray, su débil contextura, su falta de realidad y de elemento humano. Nada de lo que en ellos sucede obedece a motivos racionales; todo está amañado, "preparado", con destreza sin duda, pero con absoluto olvido de la lógica; no es la vida la que empuja a los seres hacia un desenlace casi siempre funesto; es el capricho del dramaturgo.

Todo es falso en el teatro de Echegaray; todo obedece a causas secundarias y externas,

que pudieran actuar en sentido inverso: lo accidental, lo fortuito, lo condicionado y accesorio se sobrepone a lo esencial, sustantivo y eterno; los hechos, los menudos hechos, gobiernan y arrastran a los hombres. Y véase cómo E. Hegaray, individualista en filosofía y en política, se pasó la vida haciendo un teatro antiindividual.

Recordemos *El gran Galeoto* modelo el más perfecto de las bellezas y de los defectos del teatro echegarayesco. Para que el drama exista, es preciso que la sala de armas en que don Julián se bate con el difamador vizconde de Nebra esté en la misma casa en que vive Ernesto, y que a la misma hora en que el duelo se afecta, Teodora cometa la imprudencia de ir a visitar al que la maledicencia señala por su amante. Toda esta preparación, cuyo artificio expuesto así queda al descubierto, es indispensable para la "gran escena" final del segundo acto, clave de la obra, en que los padrinos llegan con don Julián herido buscando un refugio en la alcoba de Ernesto, y Ernesto les cierra trágicamente el paso, y Teodora sale de la estancia, haciendo que don Julián y todos crean lo que cualquiera creyera en semejante lance. Suprimamos aquí lo accidental, lo que está fuera y lejos del drama; hagamos que el duelo se realice en otro sitio; pongamos en Teodora unos adarves de buen sentido, los precisos para evitar el arranque irreflexivo

que la lleva a casa de Ernesto.... y no hay drama posible.

¿Y Mariana? ¿Puede haber nada más artificioso, que el conflicto en que se coloca a la pobre Mariana? Mariana aborrece a los hombres; ha aprendido a odiarles en la persona de uno solo: el seductor de su madre. Pero esta general odiosidad tiene una dulce excepción: Daniel. En Daniel Mariana perdona todos los pecados del género masculino. Para que surja el conflicto, Echegaray hace que Daniel sea "precisamente" hijo del aborrecido seductor, y que "precisamente" en el momento en que se dispone a corresponder al amor de Daniel, averigüe Mariana la terrible verdad que llega a ella por el recurso absurdo de las arracadas de don Cástulo. ¡Siempre la casualidad, la "maldita casualidad!"....

Los dramas de Echegaray, se ha dicho muchas veces, son frías ecuaciones, problemas de álgebra literaria en que los hombres se manejan como cifras a las que se da un valor convencional para obtener un resultado ya previsto. La esencia de las obras echegarayescas suele ser la siguiente: un hombre o una mujer—un hombre mientras las figuras centrales de nuestra escena fueron Vico y Calvo; una mujer desde que comenzó a culminar en nuestro teatro la gran María Guerrero — hállese en trance de elegir entre dos caminos; desde las primeras escenas comprenden los espectadores

cuál es de aquellas rutas de vida la que conduce a la felicidad del personaje; únicamente no participa de esta clara visión del porvenir el propio interesado que, ciego o tonto de capirote, elige de ambos caminos el peor; un funesto callejón sin salida que le lleva a la desesperación y la muerte.

Característica por todos señalada en el teatro de Echegaray, es su lirismo; lirismo que en los dramas de la primera época se explicaba por la forma rimada del diálogo. Echegaray empezó a escribir sus dramas en verso, pero entre los críticos de su época, no faltó alguno que dijera que los éxitos que Echegaray alcanzaba debíanse a "su hermosa versificación". Leyendo hoy tales dramas no se comprende la afirmación del perspicaz censor. La incorrección de los versos de Echegaray es ya proverbial.

Para contestar a los que suponían que el triunfo de sus dramas era producto de su forma, comenzó a escribir en prosa. Pero del verso en realidad sólo abandonó la medida, conservando el oropel de las imágenes, cuya falsedad en la prosa se hacía más patente. Los personajes de Echegaray no saben decir cuatro palabras seguidas sin perderse en un laberinto de tropos y metáforas con apelaciones al sol, la luna y las estrellas. Los pobres llevan una vida bastante aperreada y tienen siempre algo muy grave de qué preocuparse,

pero a pesar de todo, en los momentos más críticos, cuando la intensidad de la situación exige pocas frases y éstas duras, cortantes, precisas, decisivas, ellos se anegan en retórica.

*
* *

¡Y sin embargo!.... Siendo como es, artificioso, ilógico, lírico, arbitrario, monótono en su técnica, el teatro de Echegaray entusiasmó a los públicos y su autor obtuvo una popularidad que no ha sido aventajada por la de ningún literato español del siglo XIX. ¡Ah, es que Echegaray tenía una suprema condición; la que constituye la verdadera gracia de salvación en el teatro, por la que todo pecado se redime y sin la cual nada es meritorio: teatralidad! Los dramas de Echegaray podrán no ser verdad.... pero son teatro. No resistirán a la crítica menos autorizada; pero en el momento de la representación subyugan, sugestionan. Echegaray es un gran fascinador de multitudes. Cualquier espectador discreto podrá calificar de disparatados sus dramas, pecatarse de la falsedad de las situaciones, de lo ilógico del conflicto.... Pero todo ello sucederá al día siguiente de la representación o, cuando más pronto, al salir del teatro; al recibir en la frente para despejar la calentura de entusiasmo que la obra le produjo, la fría bocanada de la noche; porque allí, en el teatro, en su butaca o en su palco, el espectador quizás in-

diferente o receloso al comenzar la obra, se sintió poco a poco interesado por la trama y fué siendo más intenso su interés a cada acto, y terminó por aplaudir frenético, momentáneamente compenetrado con el pensamiento del autor. ¡Tan extraordinaria es la habilidad de Echegaray! Era la destreza del dramaturgo, era su talento de hombre de teatro lo que arrancaba el aplauso poniendo en el alma del público la emoción buscada.

Y ¿no será, después de todo, esto y sólo esto el teatro? ¿No estaremos equivocados los que creemos que el teatro ha de ser algo más que una emoción lograda a todo trance; los que pretendemos que el teatro haya de tener lógica, verdad, caracteres, estudios de almas, carne de humanidad, calor de vida y otras cuantas zarandajas más, sin las cuales vemos que Echegaray triunfa, como triunfó Sardou, y con las cuales muchas obras se van muy lindamente al foso, refractado su arte por la dura superficie de incomprensión que oponen los espectadores?... ¿Podrá acumularse sobre el autor toda la culpa cuando el autor ve que el arte en el teatro es más que auxilio estorbo, y que el ruido del aplauso y el halago del favor popular crece en razón inversa del mérito del drama o la comedia?

Examinada la obra total de Echegaray obsérvase que en este autor, como en tantos otros, se cumple esa triste ley reveladora del

mal gusto del público. Las obras de Echegaray más apreciadas, las que obtuvieron mayor número de representaciones, y quedaron de repertorio y hasta lograron el honor supremo de la traducción a lenguas extranjeras, son las más falsas, las más defectuosas (*El Gran Galeoto, O locura o santidad, Mariana, Mancha que limpia*). Las obras más dignas de estimar, las que contienen mayor dosis de verdad, aquellas en que los personajes se mueven por motivos humanos y no por resortes de muñecos mecánicos, aquellas otras en que el pensamiento de Echegaray se lanza en vuelo genial hacia las cumbres, buscando inspiración en los maestros inmortales, estrelláronse contra la indiferencia del público, sin que a remediar este desdén injusto acudiera una crítica sagaz, porque la crítica tan incompromisa y frívola como el público mismo, se dejaba llevar por la corriente en lugar de dirigirla y sólo atendía a nimiedades, creyendo haber logrado un triunfo el día que llegaba a descubrir, como sucedió en el estreno de *Correr en pos de un ideal*, que Echegaray hacía hablar a uno de sus personajes del "lavatorio de Judas"... Confundiendo a Judas con Pilatos.

Entre estas obras de Echegaray superiores a la suerte que alcanzaron, debe, a mi juicio, contarse *Cómo empieza y cómo acaba*, inspirada antes que *El gran Galeoto* en el epi-

sodio de Paolo y Francesca: *El hijo de don Juan*, felicísima adaptación de *Espectros*, superior en muchos conceptos al drama ibseriano, aunque naturalmente haya de estar subordinada a éste por relación filial; *La escalinata de un trono*, vigorosa tragedia, algo desigual en su estructura, sobre la que pasa la sombra de Dante en el recuerdo del conde Ugolino y la de Shakespeare en aquellas escenas del cementerio de Pisa. Deben también contarse sus comedias *Un crítico incipiente*, *Sic vos non vobis*, *Comedia sin desenlace* que revelan un aspecto poco estimado de Echegaray, el aspecto humorístico, más conforme que el dramático con el carácter apacible y jovial de don José.

*
* *

Dos palabras acerca de la moralidad del teatro de Echegaray. En su época los dramas de Echegaray fueron tachados de inmorales. Una crítica timorata ponía reparo a los asuntos que Echegaray trataba, y un público de un criterio moral tan ilógico como el de todos los públicos se escandalizaba, o fingía escandalizarse, ante el teatro de Echegaray, negándole el beneplácito que con gran tolerancia otorgaba a las *suripantás* de Arderius y a la compañía francesa de madame Judith, que en las fábulas de Augier,

de Dumas y de Sardou le presentaba, con mas crudeza, el mismo *menáge a trois* que interviene en las tramas echegarayescas. Con ocasión del estreno de *Mar sin orillas* hubo un revuelo de escándalo, provocado por los mismos y los mismos que al día siguiente aceptaban sin el menores crúpulo *Demi monde*.

Y el caso es que los que tachan de inmoral el teatro de Echegaray tienen razón; pero la tienen en aquello y por aquello que menos sospechan tenerla. Ajustándose a las normas de la moral cristiana, los dramas de Echegaray son inmorales, como lo son los de Calderón, por la manera de apreciar y resolver los conflictos de amor y honra. Porque Echegaray, ministro revolucionario del siglo XIX, tenía en tales asuntos el mismo criterio rígido que el familiar de la Inquisición del siglo XVII; y uno y otro, al exaltar el "punto de honra", al justificar las pasiones de celos y venganza, al poner en manos de padres y esposos ofendidos la espada y la pistola como medio único y supremo para satisfacer las ofensas inferidas a la honra, por igual se apartaban de la dulce moral de Cristo, que otorga a la pecadora su amparo y su perdón, dejándola viva para el arrepentimiento.

Con sus defectos ciertos y sus bellezas innegables, el teatro de Echegaray fué el único posible en su época. Hay que decirlo y subrayarlo; proclamar que Echegaray hizo el teatro que podía hacer, el que lógicamente demandaba el tiempo en que vivió.

En el homenaje de 1905, en aquel movimiento en que desde el Rey hasta los obreros de la Casa del pueblo, todos los españoles manifestaron su simpatía y su adhesión al literato español cuyo nombre era consagrado en el extranjero, dieron una nota discordante los que por aquel entonces tenían a su cargo el ingrato papel de oponer su pedantesco desdén de hombres superiores a la corriente de general admiración. Algunos —no todos ni los mejores— de los literatos que formaban la llamada "generación del 98" se creyeron en el deber de protestar contra el homenaje a Echegaray. ¡Bien caro esátn pagando ahora su pedantería y su desdén los infelices, viendo cómo hoy otros señores siguen el sendero que ellos abrieron, y, bien aprendida la lección, llamándose "la generación de 1915" devuelven acrecentada a los "jóvenes y ya negados maestros del 98" los golpes que éstos infirieran a Echegaray y sus coetáneos Nuñez de Arce, Valera, Campoamor!

Resulta muy curioso leer ahora lo que se dijo con ocasión del homenaje a Echegaray;

en una Revista de Abril de 1905 se dice que "él y los bufos mataron el espíritu nacional".

Y esta es una injusticia...y una superficialidad. Porque lo cierto es que Echegaray y los bufos no fueron causa sino producto de una época. Aquella época funesta que Galdós llamó "los tiempos bobos"; aquella época española en que el poder aparece entregado a un hombre cuyo gran talento soberano estaba neutralizado por una soberbia desmedida que le llevaba a incurrir en el más grave pecado que puede cometer un gobernante: el de despreciar al pueblo que gobierna, y que por este desprecio abandonaba los resortes del mando a una política de truhanería y de majeza que tenía su más genuína representación en el desenfadado "pollo antequerano". Aquella triste época de desorientación y de inconsciencia, cuya culpa alcanza a todos, porque todos olvidaron sus deberes; atenta la aristocracia a divertirse sin refinamientos, creyendo que era resucitar el casticismo dejarse crecer patillas de gitano, rodear los tablados en que pateaban las bailadoras, y organizar encerronas para anegarse en manzanilla después de lidiar unos becerros; cuidando los capitalistas de enriquecerse rápidamente en negocios fáciles, al amparo de la subvención y del monopolio, sin alumbrar fuentes de riqueza ni abrir cauces a la economía nacional, dejando que de nuestro suelo y nuestra industria se

apoderase el extranjero para hacernos caer en una colonización de la que tardaremos en sacudirnos; sin rumbo el pueblo, fatigada su voluntad, desmayado su ánimo al ver frustrado el esfuerzo de una revolución convertida en una farsa tragicómica en que sólo se había mudado la epidermis; faltas de ideal las clases medias, imitadoras serviles de una aristocracia a la que envidiaban, embozando sus mezquindades en su capa, buscando el remedio de su acuciadora necesidad presente y el escalón para sus ansias de medro en el empleo, en el escalafón, en la nómina, en el apoyo del Estado, deidad protectora y providente sin la cual el buen ciudadano español no sabría vivir, sin perjuicio de no rendirle acatamiento y blasfemar frecuentemente de su nombre...; Toda esa España que, ciega, inconsciente, somnolienta, nutrida con chistes de baja estofa, repitiendo medrosamente de boca a oído en sus tertulias de café procaces sonetos de poetas malhablados, satisfecha su curiosidad con averiguar las andanzas de Higinia Balaguer y del perro de Varela, va desde el 75, de tumbo en tumbo, hasta despertar de su letargo al estrellarse contra las duras realidades del 98!...

*
* *

En esta España y para esta España, en esta época y para esta época, sin recibir para

neutralizar las influencias del ambiente otra influencia extraespañola que la de Dumas y Sardou, ¿cómo extrañar que el teatro de Echegaray no fuera de otro modo? ¿Cualquiera otro, en sus circunstancias, hubiera hecho lo que él no hizo?

Se dirá que Echegaray no fué educador, que se dejó formar por el público. Pero ¿es que hay algún autor que cumpla esa misión como debe cumplirse, con fé, sinceridad y perseverancia? ¿No estamos viendo ahora cómo los que de educadores se preciaban, aquellos a quienes por innovadores admiramos, después de haber marcado al teatro un nuevo rumbo, en el momento mismo en que el público se decidía a enveredarse por el sendero nuevo, súbitamente—dando la “rabortada” que habían anunciado—tuercen la orientación de su arte, volviendo al viejo juego, a la manera antigua contra la que se pronunciaron y de la que fueron detractores? ¿Echegaray les lleva esa ventaja! Su credo artístico no contendría la verdad, pero el credo era suyo; estaba en su corazón, en su cerebro, *creía en él*, ¡y creyendo vivió, sin veleidad ni apostasía!

En las obras de Echegaray habría lirismo, pero nunca llegó a esos desbordamientos de retórica, creadores de frases que empiezan en una nube, siguen por una flor y terminan en un rayo de luna; y ni obligó a sus personajes a recitar violentos discursos mitingueros y aira-

dos artículos de prensa de oposición, ni puede registrarse con su nombre la patente de invención de los parlamentos "toboganés". Los protagonistas del teatro de Echegaray serían anormales, pero la más desequilibrada de todas las mujeres de su teatro no llevó su neurosis al extremo de prohibir un bastardo ajeno, haciendo que la opinión le atribuya una maternidad que no ha existido, para salvar la blancura de los armiños de su escudo. Echegaray será la truculencia y el terror, pero ni juntó en el más espeluznante de sus dramas un asesinato, unas lesiones graves, un parricidio y un incesto, ni se permitió nunca la antiestética audacia de presentar como ejemplo de nobleza y cinismo a un sujeto que, con alarde jactancioso, llega al repugnante extremo inconcebible... de clavar el regatón de un mástil de bandera en el corazón de su propio hijo....

Cuando vemos esto, cuando de tal manera y tan gravemente inciden en los vicios que anatematizan aquellos que como purificadores saludamos, ¿cómo extrañar que los más fieles, los más devotos, sintiéndonos defraudados, conservando íntegra nuestra admiración hacia el que elegimos por maestro, pero sin la flexibilidad necesaria para seguirle en sus volatinerías, volvamos con cariño y respeto la vista hacia el venerable Echegaray, que mantuvo con firmeza su bandera y fué fiel a sus dogmas estéticos?....

Quizás por ello, pasada la hostilidad injusta de un momento, la crítica comienza a rendir a Echegaray el debido tributo, reconociendo la aportación valiosa que le debe el teatro español. En cuanto al público, no le ha abandonado un instante. Mientras algunas obras, con gran alboroto recibidas, de una a otra temporada envejecen perdiendo su frescura y su potencia sugestiva en el breve espacio de un verano, los dramas de Echegaray arrancan hoy al ser representados los mismos calurosos aplausos que en los días ya lejanos de su estreno.

La posteridad hará justicia a Echegaray. Reconocerá que los defectos de su teatro no le son imputables por ser reflejo de la época en que el autor viviera; y el vigor de sus concepciones, la fecundidad de la imaginación, la prodigiosa actividad del talento de don José Echegaray, obtendrán seguramente de las generaciones sucesivas el merecido galardón y bastarán para asegurar la gloria de su nombre.

FEDERICO SANTANDER

Noviembre, 1916.

(Extractado de la *Revista Castellana*, de Valladolid.)

Aparición

(De Mallarmé)

La luna se velaba. Serafines llorosos
con el arco en los dedos, adolorida el alma,
pensaban en la calma
de las dormidas flores de tallos vaporosos,

y heridas por sus manos los moribundas violas
rompían en sollozos de un albor invisible,
que rozaban, rozaban
el azul apacible de las tibias corolas.

¡Era el día bendito de tu beso primero!

La febril fantasía que a las almas consume,
por herirme, a sabiendas se embriagó del perfume
de tristeza que lanza
la cosecha de un sueño sobre el sér que lo alcanza.

Mientras miraba al suelo con mirar abstraído,
en la calma, en la tarde te me has aparecido
como un hada riente,
como el hada risueña de mis tiempos mejores,
como el hada riente que—de blancos fulgores
coronada la frente—
pasaba ante mis ojos,
pasaba ante mis ojos turbados dulcemente
dejando que sus manos regasen, mal cerradas,
nevados ramilletes de estrellas perfumadas!

GUILLERMO VALENCIA

(Letras. Bogotá)

Benjamín Itaspes (*)

Itaspes, en sus momentos de exaltación hablaba al mar como a una divinidad o ser inteligente; le hablaba en voz alta, o a media voz, como cuando decía, todas las noches, su padrenuestro, pues había conservado, a pesar de su espíritu inquieto y combativo, y de su vida agitada y errante, muchas de las creencias religiosas que le inculcaron en su infancia, allá en un lejano país tropical de América.

Benjamín Itaspes gustaba poco del trato de *la gente*, de la *bêtise* circulante, que se manifiesta por la usual y consuetudinaria conversación, del vulgo municipal y espeso, como él decía. Así como gustaba de comunicar con los espíritus sencillos, con los campesinos simples, con los marineros, y con los viejecitos y viejecitas de pocas luces, que viven de recuerdos y cuentan curiosas cosas

(*) Estas páginas, fragmento de "El oro de Mallorca", novela inconclusa y no publicada de Rubén Darío, constituyen uno de los más sugestivos documentos humanos. Bajo el transparente velo de Benjamín Itaspes, *músico célebre*, se ocultaba el propio Rubén Darío, según confesión, por otra parte inútil, que de viva voz hizo el autor pocos días antes de morir.

pasadas que ellos presenciaron. Almorzó, pues, solo, en el barco. Al fin de la comida se atrevió, contra las prescripciones del médico, a tomar una taza de café... Y aunque recordó sus dolencias y sintió punzadas y molestias de la gastritis, se encontró con buen ánimo, con la esperanza de que pronto el aire y la tierra encantada de la isla de Mallorca, y la bondad de los amigos en cuya mansión había de hospedarse, en una región sana y deliciosa, y el ejercicio, y sobre todo la paz y la tranquilidad, y el alejamiento de su vivir agitado de Francia, habían de devolverle la salud y el deseo de vivir y de producir, el reconfortamiento del entusiasmo y de la pasión por su arte.

Notaba, con gran contentamiento, que no sentía la necesidad de los excitantes, lo cual contribuiría, según los médicos, al completo restablecimiento de su bienestar físico y moral. Aunque se encontraba débil después de la última crisis que le postrara por largos días en cama, no recurría a los por toda su pasada vida habituales alcoholes. Apenas, de cuando en cuando, si las fuerzas estaban muy flacas, tomaba unos sorbos de un vino medicinal de quina, amargo y meloso a un tiempo, que si le fortalecía por instantes, le causaba ardores y alfilerazos estomacales. Tenía sus consecutivos padecimientos por do más pecado había; porque el quinto y el tercero de

los pecados capitales habían sido los que más se habían posesionado, desde su primera edad, de su cuerpo sensual y de su alma curiosa, inquieta e inquietante.

Ahora, cabalmente, estaba pagando antiguas cuentas. Como se dice, aquellos polvos traían estos lodos. Mas se decía:—Pero, Dios mío, si yo no hubiese buscado esos placeres que, aunque fugaces, dan por un momento el olvido de la continua tortura de ser hombre, sobre todo cuando se nace con el terrible mal del pensar, ¿qué sería de mi pobre existencia, en un perpetuo sufrimiento, sin más esperanza que la probable de una inmortalidad a la cual tan solamente la fe y la pura gracia dan derecho? Si un bebedizo diabólico, o un manjar apetecible, o un cuerpo bello y pecador me anticipa, *al contado*, un poco de paraíso, ¿voy a dejar pasar esa seguridad por algo de que no tengo propiamente una segura idea?

Y hablando con su corazón y de verdad, en lo íntimo de sus voliciones, se presentaba a lo infinito tal como era, lleno de ánimo y de incontenibles instintos. Y así besaba, o comía, o absorbía sus bebedizos que le transformaban y modificaban pensamiento y sentimiento. Y como desde que tuvo uso de razón su vida había sido muy contradictoria y muy amargada por el destino, había encontrado un refugio en esos edenes momentáneos, cuya posesión traía después irresistiblemente horas

de desesperanza y de abatimiento. Mas se había aprisionado en el tiempo, aunque fuese por instantes, la felicidad relativa, en una trampa de ensueño.

Era la primera vez que necesitaba verdaderamente de un largo reposo, de un dilatado contacto con la naturaleza; de un alejamiento de la ciudad abrumadora, de la tarea precisa, casi mecánica, que le agriaba el entendimiento, del fingido hogar que le habían traído las consecuencias de una vida *manquéé*, del padecimiento moral incesante que agravaba el inveterado recuerdo de los excitantes de los alcoholes de pérfida ayuda. Se encontraba a los cuarenta y tantos años fatigado, desorientado, poseído de las incurables melancolías que desde su infancia le hicieron meditabundo y silencioso, escasamente comunicativo, lleno de una fatal timidez, en una necesidad continua de afectos, de ternura, invariable solitario, eterno huérfano. Gaspar Hauser, sin alientos, sin más consuelo que el arte amado y por sí mismo doloroso, y el humo dorado de la gloria en que Dios le había envuelto para calma de su incurable desolación.

Su salud física, hasta entonces robusta, empezaba a decaer. Ni en su infancia, ni en su juventud había hecho ejercicios musculares.

Su aspecto era de hombre fornido y bien plantado, pero su debilidad era extrema. No

había frecuentado gimnasios, ni hecho servicio militar, ni se había dedicado a deportes. Y, sobre todo esto, desde su adolescencia, pasada en climas ardorosos y agostadores, había sido el enemigo de su cuerpo a causa de su ansia de goces, de su imaginación exaltada, de su sensualidad que complicó después con lecturas e iniciaciones, su innato deseo de gozar del instante, con todo y su educación religiosa. Un temperamento erótico atizado por la más exuberante de las imaginaciones, y su sensibilidad mórbida de artista, su pasión musical, que le exacerbaba y le poseía como un divino demonio interior. En sus angustias, a veces inmotivadas, se acogía a un vago misticismo, no menos enfermizo que sus exaltaciones artísticas. Su gran amor a la vida estaba en contraposición con un inmenso pavor de la muerte. Era ésta para él como una fobia, como una idea fija. Cuando ese clavo de hielo metido en el cerebro le hacía pensar en el inevitable fin, si estaba en soledad, sentía que se le erizaba el pelo como a Job al roce de lo nocturno invisible.

Tantos años errantes, con la incertidumbre del porvenir, después de haber padecido los entreveros de una existencia de novela; en una labor continua, con alternativas de comodidad y de pobreza; con instintos y predisposiciones de archiduque y necesitado casi siempre, sin poder satisfacer sino por cortos

períodos de tiempo sus necesidades de bienestar y aun de lujo, amigo de bien parecer, de bien comer, de bien beber, y de bien gozar como era; cansado ya de una copiosa labor cuyo producto se había evaporado día por día; asqueado de la avaricia y mala fe de los empresarios, de los *patrones*, de los explotadores de su talento, dolorido de las falsas amistades, de las adulaciones interesadas, de la ignorancia agresiva, de la rivalidad inferior y traicionera; desencantado de la gloria misma, y de la infamia disfrazada y adornada y halagadora de los grandes centros, se veía en vísperas de entrar en la vejez, temeroso de un derrumbamiento fisiológico, medio neurasténico, medio artrítico, medio gastrítico, con miedos y temores inexplicables, indiferente a la fama, amante del dinero por lo que da de independencia, deseoso de descanso y de aislamiento y, sin embargo, con una tensión hacia la vida y el placer — ¡al olvido de la muerte! — como durante toda su vida. Curioso Berjamín Itaspes.

RUBÉN DARÍO.

(*Nosotros*, Buenos Aires.)

El fuego

"Media vida es la candela
pan y vino la otra media."

Refrán castellano.

No al fuego del incendio que devora;
ni al que en el seno del volcán se agita
y torrentes vomita
de lava abrasadora;
ni al que impulsa veloz locomotora,
que cruza dilatados horizontes
y salva abismos y traspasa montes;
no al fuego que es terrible y es grandioso,
sino al süave, al dulce y al piadoso,
a la rubia candela,
la que preside la nocturna vela
ardiendo en el fogón de la cocina,
la que a la tarde, cuando el sol declina,
convierte en incensarios los hogares
y atrae a los obreros
por caminos, cañadas y senderos
en busca del descanso a sus hogares;
al fuego del hogar, que es cosa santa,
el rudo vate campesino canta.

¡Oh fuego humilde, fuego campesino:
tú con el pan y el vino

*eres la vida entera
del refrán de Castilla,
en que gente frugal, gente sencilla,
supo fiar, con sobriedad austera,
todo el vigor de la sufrida raza
a un cuartillo de vino y una hogaza
y al calor de una hoguera;
tú prestas tu caricia placentera
en largos días de forzoso encierro,
cuando está el campo helado;
tú ablandas en la fragua el duro hierro
para aguzar la reja del arado;
tú desde el centro del hogar honrado,
altar de los afectos familiares,
endulzas los pesares,
das paz y amor al ánimo sereno
y haces al hombre cariñoso y bueno.
¡Oh fuego santo, fuego bendecido
dulce calor de mi amoroso nido!
Oh! fuego de mi hogar, bendito sea!
¡Que yo siempre le vea
arder para mi dicha y mi consuelo!
¡Quiera piadoso el Cielo
que esté lejano el día
en que se quede tu ceniza fría
y triste como nido abandonado
este hogar apagado,
esta casa vacía. . . .!*

CESAR DE MEDINA BOCOS

Rápida extinción de los indios de Costa Rica

Entre las diversas causas que contribuyeron a despoblar nuestro suelo, en tiempo de la conquista, figura en primer término la dureza con que los españoles trataban a los indios que las autoridades les encomendaban. Apuntaremos algunas de las obligaciones que los pobres indígenas tenían para con sus encomenderos, tomando como ejemplo la encomienda que, de 300 indios de Ciruro, hizo Perafrán de Rivera, el año 1573, en la persona de Matías de Palacios:

“Mandó a los dichos indios que hagan al dho. su encomendero, en cada un año, una sementera de maíz, en la qual le sienbren, cada doce indios, una hanega de maíz; por manera que le an de senbrar todos trescientos yndios veynte y cinco hanegas de maíz, y lo beneficien, coxan y encierren en su casa del dho. su encomendero; y le den ciento y trece arrobas de henequén, y doce botijas peruleras de myel, y nueve arrobas de cera, y trescientas mantas nuevas de tres varas de largo y dos de ancho, y seis arrobas de cabuya; y le hagan una sementera, en la qual le sienbren un almud de frisoles, y lo beneficien, coxan y encierren en la casa del dho. encom.^o en la dicha ciudad (de Cartago); y ansímismo le den cien cántaros y cien ollas, y dos hanegas y tres almudes de sal; y seis yndios e dos yndias para leña, yerba y para que muelan pan y sirvan en su casa, ... y quando se ofreciere aver necesidad de rreparar las casas de su encomendero de

la dha-ciudad, o hacerlas de nuevo de paja, sean obligados á las hacer y las hagan por estas tasaciones; y ansímismo le den pescado las quaresmas y días proyvidos de comer carne; no an de dar otra cosa ny se les a de llevar ni comutar de un tributo en otro." (*)

¿Qué recurso quedaba a los desgraciados? Huir a las selvas, en donde eran cazados como animales salvajes o morían de hambre o eran devorados por las fieras.

C. GAGINI.

La política

La política debiera ser la ciencia del buen gobierno; el arte de civilizar, ennoblecer y hacer prosperar a los pueblos, y el medio de poner los talentos y energías juveniles, las experiencias de la edad madura y las ancianas sabidurías al servicio de la Nación.

Debiera ser el campo luminoso a donde concurriesen unidos todos los esfuerzos ciudadanos para el bien común, y todas las aptitudes, como apretado haz de flores, para coronar de gloria a la República.

Desgraciadamente, las ambiciones personales, los fanatismos políticos y religiosos, la general costumbre de vivir del Gobierno y del Tesoro público y la pusilámne creencia de que no hay más horizonte

(*) No era menos dura la suerte de los indígenas a quienes destinaban a los trabajos de minas, en cualesquiera de los puntos del continente descubierto. Véase la cita que de la obra *Política indiana*, de Solórzano, edición de 1736, hace el escritor colombiano doctor Anibal Galindo en sus *Estudios Económicos y Fiscales*:

"Para trabajar las minas del Potosí en 1575, asignó el virrey del Perú, don Francisco de Toledo, 95,000 indios de 17 provincias. En las ordenanzas que formó para reglamentar sus trabajos, dispuso que se renovasen trabajando en cada año la séptima parte de dicho

para figurar que los destinos, hacen de la política la ciencia de la adulación y de la intriga; el arte de medrar a todo trance, suba quien subiere y mande quien mandare; el palenque de aplebeyadas lides y el escenario para enaltecer nulidades y adorar ídolos.

¡Qué pequeños, qué mezquinos se ven esos bandos que no luchan por ideales sino por hombres; que no piensan sino en destinos y jamás en el destino futuro del país; que lidian con rabioso furor por intereses sectarios del momento y olvidan en absoluto los grandes intereses nacionales!

(*Sur América. Bogotá.*)

número; y sin embargo, fueron tantos los que murieron, que en el año de 1633 no quedaban sino 25,000, y en el de 1678 sólo había 1674 indios.

"Es verdad que, de 1545, en que se descubrió esta mina, a 1704, es decir, en 159 años, había producido el quinto de la real hacienda 190.000.000 de pesos ensayados, de a 13 reales y cuartillo cada uno, que reducidos a pesos corrientes hacían 314 millones, los cuales corresponden a un producto bruto de 1,570 millones de pesos.

"Pero como según el mismo autor, cada 50 quintales de mineral tenían 100 pesos de costo para sacarlo, molerlo, azogarlo y fundirlo, y sólo producían 200 pesos por término medio, los 1,570 millones del producto bruto quedaron reducidos a 785 de producto líquido.

"Ahora, si de este producto deducimos el valor de los 93,000 indios que perecieron en este laboreo, estimando cada hombre sólo como animal de trabajo en 1,000 pesos cada uno, resulta que la extracción de la plata del Potosí costó a estos países en los gérmenes de su población, muchos millones más de lo que produjo el metal.

"Tan grande era esta iniquidad, que dos regias cédulas de 1582 muestran justo sentimiento por haber llegado a los oídos reales que a causa de estos trabajos las madres aborrecían a sus hijos y se holgaban de no tenerlos o de abortarlos."

"La real cédula expedida en Valladolid a 24 de noviembre de 1601 abolió los servicios personales de los indios, prohibiendo con severas penas que se tasasen los trabajos de las encomiendas en servicios. Pero sábase con qué desprecio miraban los procónsules españoles de las Colonias todas las providencias que dañaban sus intereses, y cuán poco aprovechaban, a tan inmensa distancia, estas filantrópicas disposiciones a los infelices indios, que continuaron siendo las bestias de carga de los alcaldes y de los encomenderos españoles."

(N. de E. E.)

El liberalismo no es caridad, que ésta pertenece a las virtudes privadas; es fuerza, seguridad, estímulo, impulsos, derecho. El liberalismo no es obra de misericordia; no da limosna, sino vida. El liberalismo no es el nivel salvaje que se pasa sobre todas las capacidades; es el campo igual y sin trabas, son los horizontes sin límites que se abren a todas las energías. El liberalismo no le dice a nadie: levántate de la indolencia en que yaces, de la pereza que te anonada, que yo me encargo de educarte, de alimentarte, de vestirtte y de divertirtte. No; el liberalismo le dice a todos, como Cristo a Lázaro: levántate y marcha; yo he roto con el poderoso brazo de la democracia todos los obstáculos, todas las cadenas con que el despotismo y las preocupaciones querían mantenerte atado al poste de ignominioso destino. Yo soy la Libertad, pero no soy la Filantropía ni la Caridad. Merced a mí no has nacido esclavo, ni siervo, ni pechero, ni vasallo, ni plebeyo, por clase y por destino, sino hombre libre; pero tu suerte no depende ya de mí, sino de tí; depende de la suma de virtud, de energía, de actividad, de abnegación y de trabajo que pongas tú en labrarla.

Levántate y marcha, porque te advierto que mi carro triunfador pasará aplastando con sus ruedas a todos los soldados viciosos, desidiosos o cobardes que se dejen vencer en este combate.

Esa es la libertad; lo demás es tiranía y expoliación, disfrazada con los nombres de filantropía o fomento. — ANIBAL GALINDO

Conferencia

Dictada por el Director del Instituto de Elajuela el 27 de Noviembre de 1916 en la velada que inició la "fiesta del Maestro"

Señoras y caballeros, alumnos de ambos sexos de este Instituto:

Las grandes revoluciones que han cambiado la faz de los pueblos y conmovido hondamente a la humanidad, casi siempre han tenido origen, en un acontecimiento aislado e imprevisto; y es un hecho sociológico comprobado que las grandes ideas arraigan en los pueblos cuando ellos están preparados para comprenderlas y hacerlas propias con el cariño y la fé que les inspiren. Y si no, medidad en tantas iniciativas que a menudo hacen algunos hombres privilegiados que predicán en un desierto, y ven con dolor esfumarse sus nobles ideales!

Estas reflexiones mías han surgido al considerar la simpátia idea por la cual estamos aquí congregados.

Fué suficiente que el humilde preceptor de una escuela de retirada provincia dispusiera con oportunidad que lo enaltece sobremanera, festejar con sus discípulos el día onomástico del eximio Don Mauro Fernández, para que la prensa, al dar tan simpática nueva, excitara a las demás escuelas a imitar la conducta del señor Jesús T. Vega, Director de la Escuela de Esparta. Todos los maestros de

la República acogieron con entusiasmo la idea. Una sugestión muy explicable se verificó entonces, un hilo de simpatía vino a ligar y a inspirar entusiasmo indescriptible en primer término, a todos los empleados de la enseñanza, y no se hizo esperar un acto del Supremo Gobierno que cristalizara esos ideales en el decreto No. 16 de fecha 7 de octubre próximo pasado, por el cual se declara *día del maestro* el 22 de Noviembre de cada año y la celebración de su fiesta en todos los planteles de enseñanza de la República.

Créase luego un comité de altos empleados de la enseñanza para organizar del mejor modo los festejos, y ese centro dispone que con las dádivas muy exiguas de los 30,000 niños del país, y andando el tiempo, se costee la estatua del esclarecido ciudadano a quien debe el país la reforma más sustancial que se haya hecho en bien de su progreso material y moral; y garantía al propio tiempo de sus libertades públicas.

Pero hecho insólito y único en esta clase de torneos. Ya no serán solamente los niños los que costeen la estatua: el Sr. Presidente de la República, sus ministros, algunos diplomáticos extranjeros, banqueros, comerciantes, personajes políticos y particulares de todos los gremios del país se disputan el honor de llevar su óbolo grande o pequeño para la obra justiciera.

La iniciativa de un maestro de escuela, lanzada ayer a la publicidad, háse convertido hoy en la apoteosis del varón insigne; y es que los ciudadanos costarricenses de hasta 35 años han aprendido con el a, b, c, a amar y admirar al creador de la Escuela Moderna en Costa Rica, porque su memoria en ella ha sido glorificada, y familiares para

esas generaciones que se han sucedido, los desvelos patrióticos y todos los nobles actos del peregrino reformador, hasta quedar consagrado como el dios lar de las escuelas y colegios de su patria.

Dice uno de sus biógrafos que en 1870 marchó a Europa con dirección a Inglaterra en donde practicó la abogacía, y sin duda allí fué donde robusteció su clarísimo entendimiento, adquiriendo ese sesudo criterio de los pensadores ingleses en quienes bullen con iguales impulsos las ideas libertarias y las muy justas de su adaptación a determinadas circunstancias. Allí sin duda atemperó su espíritu latino, endilgándolo, con esa elasticidad de su profunda comprensión, a los certeros procedimientos de Bacon, el primero que dió preferencia a los métodos de inducción sobre el sistema falso de la afirmación anticipada de los principios, y de ahí que Don Mauro fuera más que orador, en el sentido que tenemos de ese término, un razonador parlamentario inapeable; y que en brillante oración fúnebre dijera don Ricardo Jiménez ante los restos mortales del maestro, que fué “un espíritu curioso que vagaba por el pensamiento de los pueblos más cultos de la tierra, para aportar luégo, como una industriosa abeja de oro, a la colmena patria, la miel de su botín; príncipe de nuestros oradores parlamentarios; palabra fluida, persuasiva, pintoresca, de aspectos tan variados como los de nuestra naturaleza”.

Jurisconsulto de altísimas doctrinas y de ciencia inequívoca, estadista de verdad, conferencista acabado, pensador y sociólogo de profundas clarivencias, todo lo fué; y era de formarse la ilusión de los que le veían en la tribuna, de estar en el ágora de Atenas cuando se erguía con ademanes clásicos,

y lanzaba al cautivo auditorio los raudales de su verba. Jamás de jamás la velada injuria contra el adversario; ni la alusión equívoca; menos el desdén altanero. Siempre el más puro aticismo del lenguaje, y engarzada en el clarísimo urdimbre de sus razonamientos, la lógica inflexible y acerada, y siempre sereno, siempre ecuánime.

Jóvenes alumnos: en vosotros los que abandonais las aulas porque habeis conseguido la victoria final que "no deja despojos en la arena ni priva de ningún merecimiento a los vencidos", como no sean la ignorancia y el error, y los que aún quedais luchando, en vosotros, repito, se refleja este festival dedicado a la memoria del maestro, y por eso quiero en tan solemne ocasión gravar en vuestras mentes juveniles y con caracteres indelebles algunos toques del hermoso cuadro de la vida del maestro, porque ellos son los fundamentales, y seguramente los que influirán en que él perdure como el primero en el corazón de los costarricenses porque son obra de la voluntad, y pueden imitarse, y por ello os conjuro a que los profeseis. No son como el talento y las dotes artísticas que sólo los da la naturaleza y complementa el estudio.

Don Mauro tuvo una excelente madre; pero, qué madre no lo es? Todas lo son. Los que no son buenos todos, son los hijos.

En primer término, Don Mauro fué un hijo excelentísimo que siguió uno a uno los consejos de la suya, que fué como Cornelia; solícito con ella como el que más, hasta llegar a ser el jefe de la casa por la muerte de su padre, siendo él un niño. Ya joven se hizo maestro y profesor para sostenerla. Y siempre siguió amando la honrosa carrera, que ennoblecía primero profesándola, y luego dándole

blasones con su famosa Ley de Educación Común.

Y aprendió la música y el baile; y con el mismo donaire con que sentado al piano tocaba una romanza o rasgueaba la clásica guitarra en las viejas tertulias, o dirigía una contradanza española, hacía una arenga.

Jovial y bien quisto en todas las reuniones sociales de sus tiempos juveniles, era galante y decididor con las damas, según la hidalga discreción de las antiguas usanzas, ya idas para mal de nuestras hijas . . . Y en esos torneos y en el continuo roce con las sociedades más cultas de otros pueblos, mediante su exquisita cultura y don de gentes, que fueron ingénitos en él, se apropió su cuerpo de aquella movilidad rítmica en sus ademanes, de aquel andar majestuoso como de rey, pero sin arrogancias ni fingimientos, que imponía a todos — aun a los que no sabían quién era él — al respetuoso y cortesano saludo, sombrero en mano, para quedar pagados con creces por el modo de la reciprocidad. Y así como atendía a un grande atendía a un pequeño, al rico como al pobre.

¿Y quién fué a él destrozado por las torturas del vivir, que no saliera con el alma aliviada por el bálsamo prodigioso de sus sabios consejos?

Y aquellas excelencias de su espiritual cultura velaban en él lo pequeño y delgado de su cuerpo, para mostrarse gallardo y distinguirse entre muchos como Saúl en medio de su pueblo.

Dicen las leyendas antiguas que Arcesio, padre de Laertes, era un anciano venerable y lleno de magestad, un conjunto de todo lo que la vejez tiene de grave con todas las gracias de la juventud. Su vejez no se parecía a la de los hombres a quienes el peso de los años abruma en la tierra, por-

que todas aquellas gracias renacen hasta en los ancianos cuando entran en los campos elíseos. Y pareciera que en ellos había entrado este insigne varón de 65 años que siempre pareció joven, porque cuidó de su cuerpo así como de su espíritu "sin ser esclavo de ningún vicio". y porque ese aliño esmerado de la persona es signo inequívoco de las bien nacidas. Jóvenes alumnos: tratad siempre de imitar las excelsas virtudes del maestro. Recordadlas a cada momento, porque en ellas aprendereis siempre cultura verdadera, valor y gentileza.

He dicho.

F. F. NORIEGA

Donde el militarismo y el caudillaje tienen absorvidas las energías de los ciudadanos, se establece el predominio del soldado sobre el hombre civil, del Ejército sobre el Pueblo, de la espada sobre la pluma, de la táctica sobre el Código. Es este el mal que ha impedido que los más de los pueblos de la América Latina entren por las vías del progreso y de la civilización.

ANIBAL GALINDO

El Presidente Wilson dice que todos los hombres extraordinarios que él ha conocido han sido principalmente extraordinarios en la opinión de ellos mismos.

La tristeza de Nausicaa

(Al margen de la Odisea. Imitando a Lemaitre.)

Escrito en 1914 para María Teresa Obregón, hoy Sta. Dengo.

La nave que llevaba a Ulises el héroe troyano, a su patria, al primer golpe de los remos se alejó de la costa de la isla Esqueria.

Nausicaa, la hija del rey Alcino, sintió entonces en su alma un dolor infinito. Tenía los ojos llenos de lágrimas y por eso le parecía que un hilo de luz unía su mirada con la rápida embarcación. Mientras pudo distinguir al hermoso extranjero, sus labios sonrieron a pesar de tener los ojos humedecidos; pero cuando la nave se alejó tanto que las velas se confundieron con los copos de espuma que se agitaban sobre las olas, dejó de sonreír. Y cuando las velas desaparecieron bajo la línea del horizonte, las lágrimas bajaron lentas y desoladas por sus mejillas.

Desde ese día la alegría huyó del corazón de Nausicaa. Su risa juguetona, que iba siempre a través de las vastas habitaciones con el gozo con que saltan los corderillos recién nacidos por las praderas, no se oyó más; y el amor siempre en vela de la reina Aretea se inquietó por este silencio y quiso saber la causa, mas la doncella no respondió al cariñoso reclamo.

Ya no departía amablemente cual solía, con su madre y sus esclavas a la hora del trabajo

Ahora permanecía silenciosa largos ratos y dejaba ir y venir su lanzadera en tanto que su pensamiento estaba puesto en el forastero encontrado a las orillas del río, la mañana aquella en que fué con sus esclavas a lavar las reales vestiduras; en el extranjero cuyos cabellos eran semejantes a las flores del jacinto.

Las esclavas comentaban entre sí:—¿Qué tendrá la hija de nuestro rey Alcinoos? Sus mejillas están pálidas y a menudo suspira. No ha muchos días era otra cosa, recordáis? Mientras el huso bailaba en sus manos, la risa bailaba en su boca.

Una dijo:

—Muchas veces la reina Aretea puso la cara seria porque el montón de lana no disminuía en las manos de su hija... Ni las historias de la nodriza la sacan de su tristeza. Antes apenas Eurimedusa principiaba a contar una, estaba ella a sus pies con la boca abierta escuchando. Ayer en vano refirió sus historias más llenas de maravillas... La princesa ni siquiera levantó su rostro.

La esclava Eurimedusa, la nodriza de Nausicaa, era la más triste e intrigada de todas. Ya sus historias, en efecto, no provocaban ni risas ni comentarios a su amada princesa... que ni siquiera las escuchaba. Varias noches al arroparla en el lecho, Nausicaa había dejado caer la cabeza en el seno que la amamantara de pequeña, y llorado como lloran los que no tienen esperanzas.

Un día la princesa volvió a pedir a su padre que mandara uncir el carro para ir a lavar con sus esclavas las reales vestiduras. Los caballos extrañaron las manos que los guiaban: no eran

las mismas que en otras mañanitas los llevaran estremecidas de juventud y alegría e hicieran restallar el látigo cerca de sus orejas; eran ahora unas manos débiles y lasas y los caballos iban a través de los campos lo mismo que si llevasen un cadáver. En vano la brisa que sopla con la aurora, llamó las rosas de sus mejillas: ya no podía alterar la palidez que las invadiera el día en que las velas del barco que llevaba a Ulises a su país, se hundieran en el horizonte. Una vez en el río, ella comenzó a sumergir las ropas en las aguas; no tenía fuerzas para sacarlas ni para retorcerlas. Las dejó en manos de sus esclavas y se fué a vagar por las riberas en que encontró por vez primera a aquel hombre incomparable. Cuánto le hubiera gustado llorar con su cabeza apoyada en el amplio pecho del héroe y sentir su barba negra y sedosa acariciarle la frente!

La hija de Dimante, tan amada de Nausicaa, le habló así:

—Qué tienes, Nausicaa, que tan descolorida estás y tan apenada pareces? Bien se ve que sufres. Qué te falta, Nausicaa? Sólo amor hay en derredor tuyo para tí. Háblame, que me apena mirarte de esta suerte.

—Oye, amiga: en mi cuerpo no hay dolor alguno... en el pensamiento sí... Pero te pido no repitas lo que voy a decirte, porque se murmuraría de la hija de Alcinoos y mi padre, mi madre y mis hermanos, tendrían un gran dolor sin poder remediar nada: deseo volver a contemplar al hermoso extranjero que hallé en las orillas del río, cuyos cabellos hacen pensar en las flores del jacinto y del cual nuestro aeda Demodoco canta haza-

ñas tan admirables. Quisiera también que me estrechara entre sus brazos y me besara el rostro... Mas calla, amiga mía muy querida; no me arrepienta yo nunca de haberte enseñado mis pensamientos.

La hija de Dimante se alejó entristecida.

* * *

Por la isla Esqueria había pasado más de un aeda famoso, quien al partir hizo de Nausicaa un delicado tema para sus cantos. Así, la belleza casta y suave de la hija de Alcinoo andaba por lejanas tierras, envuelta en la música de las cítaras.

No fué entonces de extrañar que a más de la multitud de pretendientes feacios a la mano de la princesa, vinieran otros de lejanos países y de las islas vecinas.

Llegaron mancebos hasta de la Eubea: de esa isla vino Estracio, lo mismo que un dios, hermoso, y a quien nadie había vencido en la lucha. Era hijo de un héroe famoso y poseía inmensas tierras productoras del trigo, la cebada, la avena y el loto más buscados por los comerciantes de granos. También Pisistrato, el más joven de los hijos de Néstor, llegó deseoso de desposar a la doncella de gentil presencia. De Calcis salió Clito, amable a los ojos de Atenea por su habilidad en la fabricación de armas. De la Tesalia acudió Diocleo, hijo de poderoso señor: suyos eran los rebaños de caballos más hermosos del país. Sus caballos negros de luciente piel y ojos que brillaban entre la oscuridad del pelo como las estrellas en la negrura de la noche,

eran celebrados aun en países allende el mar. Alitereses, a quien su lanza diera renombre, vino de Sifnos, rica en oro. Del Atica salió Perseo medido en cuna noble entre las nobles y dueño de los campos más fértiles de Eleusis: los frutos de sus olivares no tenían rival; en sus huertos se contaban por miles los panales que destilaban la miel más rubia y perfumada de muchas leguas a la redonda; sus viñas producían el vino más generoso que llenar podía las cráteras del Atica toda.

El buen rey Alcino, siempre tan ocupado en los trabajos que le imponía su cargo y también poco perspicaz, no observaba la indiferencia con que su hija miraba la nube de sus cortejadores. Así, le dijo sonriendo con bondad:

—Escoge, hija mía, el más grato a tu corazón. Dichoso aquel que te lleve consigo.

Y luego añadió en tono de cariñosa broma:

—Me he sentado en el consejo, más resplandeciente que los demás, con el manto tejido por las manos de mi hija Nausicaa y con mis vestiduras que esas mismas manos y el agua pura de nuestro río dejarán tan blancas. Ante ti la alegría se esponja como los pájaros al salir el sol, y la huella que dejas es de paz.

* * *

Por fin un día Nausicaa no abandonó el lecho. Sus piernas se negaron a sostenerla. La reina llamó a Alcino y le habló así:

—Esposo mío, tu hija está enferma de un mal cuya causa ignoro. Hace días anda silenciosa y triste... no la he vuelto a oír reír como antes, con

su risa que nos llenaba a todos de júbilo. ¿No has visto, rey Alcinoo? Ya el leve color que teñía sus mejillas se ha apagado y ahora como nunca parece hecha de blanco mármol. Toca su frente y sus manos y las sentirás arder.

El rey Alcinoo tuvo un gran dolor al ver tendida a su hija, tan pálida y tan silenciosa.

Hizo venir a los hombres más famosos en el arte de curar, pero ninguno consiguió aliviarla.

Lo único que la animaba un poco eran los cantos del ciego aeda Demodoco. En una ocasión, mientras su madre y sus esclavas hallábanse distraídas, tomó la mano del ciego y en voz baja le pidió cantase las hazañas de Ulises, el hermoso extranjero.

¿Acaso sintió aquel viejo corazón de poeta, sin ojos para el mundo exterior, palpitar el amor inmenso de la doncella? Quizá sí, porque desde el día en que tal cosa le rogara su princesa, los cantos entonados para ella se refuieron tan sólo al héroe de Itaca; su voz vibraba cuando tal hacía con un acento en que temblaban la pasión y la tristeza, y Nausicaa le pedía al terminar, se acercase para besar su cabeza encañecida.

Para que abriese los ojos y sonriera, ya sabían su madre y sus esclavas que bastaba llamar al aeda.

Cuando fué tiempo del retorno de la nave que llevó a Ulises, Nausicaa preguntó a la hija de Dimante por ella. Esta quiso evitarle una pena y le ocultó su trágico fin.

En tanto, Ulises había arribado a las playas ansiadas. Los cortejadores de Penélope muertos y los sacrificios prometidos hechos, no quedaba sino descansar tranquilo en el hogar, y contemplar los rostros amados de su esposa, de Telémaco y del viejo padre Laertes.

Experimentaba un placer indefinible cuando oía fuera bramar el huracán, y él se miraba junto al hogar y sentía que el calor de las llamas le lamía las manos cual un perro fiel y cariñoso.

Entonces con el cuerpo y el espíritu colmados de bienestar, y mientras Penélope y sus mujeres movían las lanzaderas, y la rueda llenaba la estancia con su canción de paz, y Laertes y Telémaco lo miraban con ternura y admiración, él refería sus aventuras y todos quedaban suspensos.

En una ocasión; ya habían pasado unos cuantos meses desde su regreso, vió mecerse un álamo en la cima de un collado vecino. Era una tarde dorada y el árbol gentil que balanceaba sus ramas sobre el fondo del cielo en el que flotaba un polvo blondo, le hizo pensar en la hija del rey feacio, tal como la viera el día en que arribó a aquel país, guiando el carro en que iban las ropas ya lavadas por ella y por sus esclavas. Recordó la blanca y linda faz ligeramente nacarada por la aurora; sus doradas trenzas, el velo y los pliegues de la túnica color de plata flotando alrededor de su cuerpo flexible, tal como se agitaba en ese momento el follaje evanescente en torno del tronco del álamo.

—Nausicaa, Nausicaa, pensó el héroe. Qué ha sido de tí, doncella la más blanca y suave que

miraron mis ojos de peregrino? Seguramente un mancebo de noble cuna y hermoso cual tú mereces, te ha llevado consigo y te ha hecho su esposa. Feliz quien estreche en sus brazos tu cuerpo ondulante y bese tus trenzas perfumadas!

Tuvo también la ilusión de oír en su interior la voz que en una ocasión hizo caricias en su oído, la voz de la princesa lejana, cuando él ya lavado y ungido, apareció de nuevo ante ella, en las orillas del río: "Plegue a los dioses que hombre igual a éste y de los nuestros, pueda llamarse mi esposo! Ojalá en nuestra patria encuentre los atractivos que pueden retenerlo".

Apoyado en una columna, con los ojos en el álamo, sentía su corazón ya cansado sumergirse en un baño de juventud.

Oh! Si él pudiera ser joven como Telémaco, volaría a la isla Esqueria y pediría a Alcinoos le diera su hija por esposa!

La voz de Penélope la fiel, lo sacó de su ensueño:

—Ulises, esposo mío muy amado, acaso estás triste y echas de menos tus aventuras?

El rey de Itaca suspiró y dió una última mirada al álamo que mecía su follaje sobre el oro de la tarde.

* * *

A la mañana siguiente habló a su hijo y a Penélope de equipar una hermosa nave con ricos presentes y enviarla con un saludo a sus huéspedes feacios. Buscaron entre sus tesoros lo mejor que poseían: dos trípodes de bronce labrados por mano maestra y admirados por todos aque-

llos a quienes eran mostrados; suaves tapices en los que se veían bordadas con arte exquisito, escenas divinas: el juicio de Paris, el nacimiento de Atenea, Apolo al ser desterrado del Olimpo y Apolo comiendo el pan y cuidando los rebaños de Admeto; una crátera de oro ornada por un artífice de genio con una vid cuyos frutos eran piedras preciosas; cofres de sándalo traídos de la India lejana, cuya madera había sido convertida en encaje maravilloso. Para los hijos de Alcino, Penélope envió clámides y mantos tejidos por sus manos y Ulises lanzas y escudos que un gran rey hubiera deseado para sí; un escabel y un sitial de oro y marfil, una rueca y una arca de oro esculpidas con primor, se destinaron para la reina Aretea. Ulises pidió se buscara lo más bello y precioso allí guardado, para la princesa Nausicaa. El mismo escogió un velo sutil y resplandeciente que hubiérase dicho tejido con rayos de luna; un cinturón y un broche de oro usados allá en Ilión por la casta esposa de Héctor, en las grandes festividades.

Mas todo aquello no satisfacía a Ulises. El deseaba para la hija de Alcino, algo infinitamente delicado, algo que no pudiera encontrarse repetido sobre la tierra. El héroe meditó un buen rato ante sus riquezas. Al fin encontró: el peplo regalado por Helena a Telémaco para la doncella que escogiese por esposa, "el peplo muy amplio y resplandeciente cual una estrella", tejido y bordado por las manos femeninas más bellas del mundo, por las manos de la bella mujer con que Venus premió a Paris su juicio.

El rey de Itaca habló a su hijo de esta guisa:

—Telémaco, hijo mío, quiero enviar a Nausicaa algo digno de su gracia y de su blancura. Vestida con este peplo, semejará la estrella de la mañana brillando castamente sobre el cielo emblanquecido por el alba. Ya labrará tu madre otro para la doncella que ha de ser tu esposa. Seguramente—añadió sonriendo a Penélope—el que ella teja no será inferior a éste. Recuerda que sus manos están benditas por Atenea.

Sin embargo, en su interior el astuto rey pensaba que jamás Penélope podría fabricar nada que tuviese la belleza y el valor de aquel peplo. Telémaco tuvo pena al pensar que su padre prefiriese a una mujer que no iba a ser su esposa, pero nada dijo.

Ulises llamó de sus servidores, a los más queridos entre los más apuestos y sabios para que llevasen el saludo y los presentes a los reyes de la isla Esqueria. Uno de los hijos de Dolio, muy amado de su señor y a quien los dioses concedieron un pensar lleno de sabiduría, era el que mandaba la expedición.

A éste llamó Ulises aparte antes de embarcarse.

—Di a la princesa Nausicaa, cuando no haya oídos cerca, que el rey de Itaca, el extranjero protegido por ella, desea su dicha. Que le ofrece un peplo tejido por manos inmortales, para que lo vista el día de sus bodas, si es que aún no las ha celebrado. Dile también si la miras triste, que tu señor envidia al mancebo que ha de vivir a su lado. Y dile que me has visto llorando sin querer enjugar el llanto, al recordarla.

Por las mejillas del héroe rodaron lágrimas

que fueron a perderse entre la negra barba que tanto deseaba Nausicaa sentir sobre su frente.

El hijo de Dolio comprendió y partió en silencio.



Se embarcaron una mañana en que el cielo estaba azul y el mar tranquilo.

Ulises, mejor que con todas aquellas riquezas, hubiera equipado la hermosa nave con una parte de la ternura en que se fundía su corazón al contacto de la blanca memoria de la princesa feacia.

¿Los años al pasar no habían helado en su sangre el sentimiento amoroso? ¿No coronaba la cima de su vida fría tranquilidad, como la nieve la cumbre de elevado monte? ¿No había transformado el tiempo su antiguo fuego, en el sereno cariño que ahora sentía al lado de Penélope? ¿Olvídaba que su hijo desposaría en breve a alguna de las jóvenes que se ruborizaban cuando el mancebo pasaba? Pronto sus nietecillos jugarían con sus corderos aún no nacidos. A qué pués, estos ensueños? Y sin embargo, he aquí que la primavera había tornado a él, y sus brisas enervantes derretían en su interior el hielo.

Miró alejarse las velas con un dolor semejante al de Nausicaa cuando la nave que lo traía a su país se alejó de la costa de la isla Esqueria.

Al regresar lentamente del puerto a la ciudad, su pensamiento se recreó en la figura juvenil que volvía a hacer palpitante de amor su viejo corazón.

Cerraba los ojos para contemplarla con más nitidez en su interior: ya como apareciera por

vez primera a sus ojos, blanca, erguida, sin velo en la cabeza, las trenzas deslizándose sobre la albura de la túnica, como dos chorros de oro en un campo de nieve; los pliegues del vestido immaculado cayendo graciosos a lo largo de su cuerpo flexible y dejando ver los pies tan delicados y ágiles que más bien parecían alas. Ya en el carro en que viniera al río a lavar las ropas de los suyos, guiando los caballos, o ya cual la mirara despidiéndolo en el umbral de majestuosa estancia.—“Salud, huésped! Plegue a los dioses que cuando te encuentres en la patria tierra, te acuerdes de mí, a quien debes la vida.” El recordó así mismo que en esa ocasión, al traspasar el pórtico, había vuelto la cabeza para contemplarla por última vez y la vió apoyada en el umbral, siguiéndolo con los ojos.... El había pensado entonces al ver su figura indecisa y ondulante destacándose sobre oscuro fondo, en la columna de humo que se eleva en los altares, cuando el sacrificio es propicio a los ojos de los dioses.

* * *

La nave arribó felizmente a la isla Esqueria. El rey Alcinoos, a pesar de la desgracia ocurrida a la embarcación que fué a dejar a Ulises a su tierra, recibió con alegría a sus enviados.

Quién puede oponerse a los designios de los dioses? Por otra parte, el recuerdo del huésped glorioso era muy grato a su corazón.

Cuando Nausicaa supo la llegada de los itacenses, pidió los llevaran a su presencia. Al encontrarla tendida entre almohadones, el hijo de Dolio sintió flaquear su espíritu y pensó si no

sería el mismo dolor que hizo llorar a su amo al partir él de Itaca, el que tenía postrada a la hija de Alcinoos.

Tomó con sus manos débiles, los presentes enviados por Ulises. A todos dedicó una palabra amable y una sonrisa triste, y sus ojos se abrieron desmesurados cuando desplegaron ante ellos el magnífico peplo tejido y bordado por Helena.

El hijo de Dolio, puso la rodilla en tierra:

—Mi señor os saluda. El dijo, princesa Nausicaa, que vestida con este peplo semejaríais la estrella de la mañana brillando sobre el cielo emblanquecido por el alba.

Nausicaa sonrió.

El hábil enviado de Ulises dejó el peplo en manos de las admiradas esclavas y se acercó discretamente. En voz baja repitió las palabras de su amo:

—“Que le envía ese peplo para que lo vista el día de sus bodas, si es que aún no las ha celebrado’... Mi señor considera muy dichoso al que os haga su esposa... Y yo, princesa, lo vi llorando al recordaros sin que él tratara de enjugar su llanto.

En las pestañas de Nausicaa tembló una lágrima:

—Di a tu señor que me econtraste triste, mas, que al saber que no me ha olvidado, me viste tornarme alegre. Díle que más le valiera haber dejado ese peplo para la doncella que destina a su hijo, pues yo lo llevaré donde moran lassombras. Dile que has conocido mis pretendientes, que son muchos, todos bellos, de noble cuna, famosos y ricos... pero que ninguno se pare-

ce a él. Dile que sólo hay una mujer cuya suerte quisiera para mí, y que esa mujer es la fiel Penélope. Y dile por último que desde que él partió, tengo siempre ganas de llorar.

* * *

Pocos días después la hija de Alcinoos murió. Colocaron el cadáver bajo el pórtico. Eurimedusa no quitaba la mirada de aquellos pies en quienes los dioses se habían complacido, vueltos hacia la puerta, cuyo umbral no traspasarían más.

La vistieron con el peplo enviado por Ulises para sus bodas y la coronaron de flores.

Tres días después llevaron el cuerpo a su morada final. La sepultura fué abierta en el jardín, a la sombra de los álamos y cerca de una fuente que recordaba su risa.

Cuán diferente fué el cortejo que allí la condujo, al imaginado por todos cuando vieron llegar los pretendientes! No lo iban precediendo alegres vírgenes vestidas con blancas túnicas y coronadas de flores de jacinto, sino flautistas que llenaban el aire con sus lúgubres tocatas. Detrás marchaban plañideras no pagadas, cuyos lamentos brotaban del corazón:

Qué triste está sin tí, Nausicaa, la mansión de Alcinoos y de la buena Aretea! Ya en las vastas estancias no volverá a levantarse tu voz amable ni tu risa fresca!

¿Qué dolor apagó en tus labios esa risa que llevaba alegría a todos los oídos? Tu boca era una lámpara en la cual la sonrisa ardía perenne. Un soplo la extinguió y el palacio de nuestro

rey ha quedado a oscuras. Qué lejos en el aire van las ondulaciones de tú última risa, oh Nausicaa! Nausicaa! la doncellita linda de los blancos pies! Sin duda Thanatos, el de los pies dislocados, tuvo envidia al contemplar los tuyos que hacían pensar en las alas de las palomas de Afrodita, y por éso te llevó a la mansión misteriosa!

Nausicaa la de las trenzas doradas que no volverán a brillar a los rayos del sol! qué triste está sin tí el palacio de nuestro rey! Ahora los lamentos de la reina Aretea, del rey Alcinoos, de los mancebos hermanos de Nausicaa y de los servidores, son los que aletean en las estancias del palacio, y nó las palabras color de cielo ni las risas color de rosa de nuestra amada princesa!

¿Quién lavará ahora los mantos del rey Alcinoos para que aparezca resplandeciente en el Consejo, y las túnicas de sus hijos para que en la danza los ojos de las doncellas los sigan complacidos?

Cuántos pretendientes acudieron! Cada uno te llevará consigo... En la Eubea, en el Atica, en Sifnos, en Calcis, habrá un hogar en que se sienta tu memoria!

Alegre fuiste, oh Nausicaa! Y las flores brotaron doquiera se posó tu planta!

Más, ay! que tu sombra vaga en este instante sobre los campos de asfodelos.

Las amantes manos de la reina Aretea y las arrugadas y tiernas de Eurimedusa procuraron que en la mansión de la muerte tuviese algo que le recordase lo que amó en vida: los juguetes de hueso que la entretuvieron de pequeña, su lanza-

dera de plata y sus joyas predilectas; no fueron olvidadas las figuritas que representaban a Eurimedusa, a sus esclavas más queridas y a sus pájaros.

El epitafio grabado en el mármol era sencillo como lo fue la blanca hija de Alcinoos, que murió de amor por el héroe más famoso de la guerra de Troya: "El rey Alcinoos y su pueblo plantaron aquí una sonrisa.... más el tallo que brotó no floreció en sonrisas sino en melancolía."

* * *

Cuando los enviados de Odiseo tornaron a Itaca, traían los rostros llenos de dolor.

El hijo de Dolio besó las manos de su señor y repitió con voz doliente, el mensaje de la princesa Nausicaa:

—.... "Y dile por último que desde que él partió tengo siempre ganas de llorar."

El héroe que no tembló ante los muros de Troya se abatió sobre el hombro de su amigo y lloró con el rostro cubierto por el extremo de su manto.

CARMEN LIRA

Francia

Aquel ruiñeñor alemán que dejó su país para cantar en Francia, no tuvo por ésta un amor nacido del motivo egoísta que fuera la protección rendida a su genio; no adoró París por sus mujeres:

ninguna había de inspirarle nada parecido a sus antiguos Lieders; ni le sedujeron sus grandes figuras literarias, que iluminaban el mundo: la más grande de todas, Víctor Hugo, sólo pudo hacerle sonreír por sus aires de Dios.

Sin duda los pueblos del mundo tampoco aman a Francia por un motivo especial, y ni siquiera podrían señalarse, como origen de este amor universal que la acaricia, sus ideas de libertad derramadas generosamente con la Revolución.

Al ruiseñor alemán y a los pueblos de la tierra Francia sedujo, y seducirá siempre, por algo más sutil y más profundo, difícil de explicar, como todo lo que deriva de la espiritualidad, pero que acaso se revela en la "fisonomía" de su civilización. Nadie seduce por lo que dá, sino por el modo y la intención íntima con que dá. Las intenciones íntimas se adivinan y se sienten. En Cuba los Estados Unidos acaso no hayan suscitado amor alguno, a pesar de una demostrada lealtad: ¡han entregado a los cubanos la isla con un gesto tan frío, tan subordinado a una idea de deber internacional!... Lo que de Francia conmueve es la gracia, la cortesía con que ha ofrecido a los hombres su libertad.

¡Gracia y cortesía inimitables! Ellas derivan de su fisonomía espiritual, irresistible como la belleza sobrehumana. El analista trataría con empeño inútil de precisar concretamente su valor inmaterial. Por eso los alemanes no han logrado comprender el por qué de la simpatía poderosa que en todas partes combate contra ellos, amorosamente, junto al genio de Francia. Todas las cosas de éste país parecen lucir como piedras de agua más pura: de ahí la influencia misteriosa de su literatura y de su

historia. Hay como una línea de luz en torno a las imágenes de la dulce Francia. La leyenda de los doce pares brilla sobre los Pirineos como un astro, Juana de Arco irradia en nuestro pensamiento con un encanto celeste, el siglo de Luis XIV es una gloria suntuosa y amable, la Revolución un relámpago que ilumina el mundo, Napoleón un meteoro, su fiesta nacional es una fiesta del mundo, y sus poetas parecen cantar para el oído y el alma de todas las razas.

Hasta insensatos han sido algunos pueblos en su admiración por Francia. Mme. de Staël reficre, desterrada en Rusia, a principios del siglo pasado, que este país no posee una verdadera literatura, porque sus escritores no pueden dejar de imitar a los literatos de Francia. Y con una cortesía delicada y exquisita predijo que serían geniales cuando apartaran completamente de Francia los ojos.

Los grandes rusos vinieron, efectivamente, y París los glorificó más que a sus hijos.

Envío sus libros a todos los países, por esta fina nobleza que es preciso poseer para enseñar a otros, con propia satisfacción, una extranjera hermosura.

Y el glorioso autor de "Le lys rouge", a quien León Tolstoy había acusado de cierto cinismo, tuvo una cortesía todavía más elocuente que la de Mme. de Staël: escribió para su severo censor una página de ardiente homenaje, confesándose su discípulo.

La sugestión que Francia ejerce proviene de un encanto íntimo, de una gracia del cielo. Su claridad en el mundo moderno es semejante a la de Grecia en el mundo antiguo. Las virtudes morales de su civilización, el amor a la justicia, la noción del derecho, continúan indudablemente la orientación del espíritu humano que sonrió en la armonía.

del Partenón. La divina batalla del Marne reflejó, como imagen ideal, la "divina Salamina".

CARLOS ALBERTO LEUMANN

(*La Nota*. Buenos Aires.)

Lo malo aquí en este país es ese pesimismo maleante que va invadiendo lentamente nuestras capas sociales y que nos hace perder la confianza en nuestro propio valer, empequeñeciéndonos a las miradas de nosotros mismos. A mí se me ocurre que este defecto nacional se corregiría muy fácilmente apartando a nuestra juventud de la vida oficinesca o burocrática y constriñéndola para que se refugie en la vida del campo, en la vida agrícola. Las ocupaciones de la agricultura tienen la ventaja de no ser incompatibles con ningún otro oficio de los que el hombre más apetece, dan la verdadera independencia que se necesita en la formación del carácter, nos encariñan con la tierra y con todo aquello que nos rodea, y son fuente inagotable de emociones agradables.

ELIAS LEIVA Q.

(De su discurso en la Asamblea de Profesores, publicado recientemente en folleto bajo el título *Pro-Nación*.)

DICENTA

Recientemente ha fallecido Joaquín Dicenta, uno de los dramaturgos que mayor renombre habían adquirido en la Península.

Dentro de la dramática española, Joaquín Dicenta significa una tendencia estética, y al mismo tiempo el programa de una corriente social.

En él hay que estudiar los procedimientos artís-

ticos o de forma, y la levadura filosófica que guarda su teatro.

Comenzó Dicenta a escribir para la escena allá por los años de 1890, cuando aún estaban en toda su pujanza los manes de Echeagaray.

Si no fuera el hecho tan evidente, con dificultad aceptaríamos que Dicenta militó en los principios de su carrera en las toldas del autor de *Mancha que limpia*. Y así ocurrió, sin embargo. Estrenó el *Suicidio de Werther*, que fué acogido con simpatía por el público del *Español*. Se nos muestra aquí romántico, según las huellas que iba persiguiendo, y con todo el colorido y exuberancia pasional, característicos de la escuela

El verso sirvió no pocas veces de vestidura al pensamiento; y en el brillo, armonía y franqueza, denunció ser un devoto declarado del romanticismo.

Pero el curso seguido por las ideas dominantes en su época, favorable al realismo del arte, lo determinaron a adoptar puntos de vista enteramente diversos que le han granjeado una firme y duradera reputación. A esta manera corresponden *Aurora* y *Juan José*, las dos obras en que Dicenta fija su concepción definitiva de la sociedad y del mundo, y en que aparecen modificados de un todo los recursos artísticos del autor.

La clase humilde y proletariada entra a dar vida a esos dramas, no por modo secundario y pasajero, sino en condición principal y directa. Ahí se advierten claramente las preocupaciones del sectario y los entusiasmos del propagandista. Son obras de lucha, que encarnan una idea filosófica difícil de realizar.

Aunque en todas las piezas literarias que ofrecen un carácter docente la belleza sufre tremendo

menoscabo, como una excepción honrosa podemos decir que *Aurora* y *Juan José* se mantuvieron a digna altura; y que no están en el caso de defraudar las esperanzas de quienes las lean mañana, cuando haya decaído el auge del problema que encierran.

Viven por cuenta propia—digámoslo así—y en nada las afectará un futuro más o menos remoto. *Sobrevivirse* es el drama más completo, a nuestro juicio, de Dicenta.

Hay allí para todos los gustos, porque se halla ausente la propaganda doctrinaria, y sólo tiene cabida un caso tenebroso de conciencia, que reclama para sí la atención general y será de permanente actualidad.

En esta ocasión acertó de lleno Joaquín Dicenta.

(*Revista Contemporánea*. Cartagena.)

ALMAFUERTE

Había en el país un hombre raro, hosco, hueraño, que escribía y publicaba de cuando en cuando versos terribles y formidables como catapultas, vivía aislado, en Tolosa, dormido arrabal de una ciudad dormida, y era su existencia la de aquellos corazones que por demasiado grandes no pueden dar refugio a ningún pequeño afecto humano: mezquinos resultan para ellos el amor de la mujer y la amistad del que pasa. Tan humilde materia no alcanza a llenar su anhelo de eternidad y de absoluto, y así pasan por el mundo, sombras entre sombras, disgustados de la miseria de los hombres, poseídos de aquel imposible y alto amor de todo y de todos, afanosos

por abarcar en un abrazo la Humanidad y el Cosmos. Sólo el niño es capaz alguna vez de atraerlos y domarlos, llenándolos del sentimiento del bien absoluto al fin alcanzado: como que los niños son lo mejor que hay en este oscuro valle de lágrimas, la única justificación de Dios. Tal era Pedro B. Palacios, el poeta fallecido el 28 de febrero, más conocido bajo el pseudónimo de Almafuerte.

Desde muchos años atrás, su fama había ido extendiéndose firmemente, hasta llegar por un lado al pueblo, inculto e ingenuo, que halló en sus versos fieramente expresada su propia protesta milenaria contra la opresión y la injusticia; por el otro a los círculos cultos, conquistados, en medio de esta decadencia de todas las retóricas, por aquella bárbara fiereza poética, por aquella viril primitividad. Tuvo muchos imitadores, demasiados. Y en ninguna hora faltaronle generosos admiradores que trataron de hacerle menos difícil la vida a ese niño grande que no sabía vivir. Clamábase, sin embargo, desde hacía muchos años por el desamparo en que los argentinos permitían que el poeta viviese, y por la ausencia de una edición seria y completa de sus obras. Por fin, hace pocos meses, cesó el desamparo: el Congreso votó una pensión para el poeta.

Ahora él ha muerto, y la extendida admiración ha sancionado con creces, en diarios, discursos y actos públicos, su gloria.

(De *Nosotros*, de Buenos Aires, conceptos que anticipa al juicio en extenso que sobre el ilustre poeta argentino prepara esa importante revista.)